

Manatíes, se apaga el canto de las sirenas



Cristina
Cánovas

Manatí, *Trichechus* sp.
/ Keith Ramos, U.S. Fish
and Wildlife Service





“¡Sirenas!”, voceó el Almirante Colón el 9 de enero de 1493 cuando navegaba en La Niña, en aguas del río del Oro, a la vista de tres formas grisáceas que se desdibujaban bajo el agua. Para instantes después recalcar, nos imaginamos que no sin cierto desengaño: “pero no son tan hermosas como las pintan...”.

Y es que lo que vio Cristóbal Colón no eran precisamente sirenas. Lo que avistó eran seres de mirada inteligente, enigmas biológicos con aspecto de foca, delfín o ballena y conocidos paradójicamente como vacas o sirenas.

Emilio Salgari, en su obra *Morgan* -continuación de *El Corsario Negro*-, también intentaba describir a este singular animal que “[...] Por la forma se parecía a una foca, estando también provista de una especie de patas; pero la cabeza no era redonda, sino aplastada y con pelos largos y rudos que parecían bigotes alrededor de la boca [...]”.

¿Qué son en realidad estas misteriosas criaturas?

Son los manatíes, *Trichechus* sp., mamíferos acuáticos pertenecientes al orden de los sirenios, del que sólo sobreviven en la actualidad ellos, con tres especies, y el dugongo, *Dugong dugon*. Se trata de animales dóciles y tranquilos, enterredoramente feos, con rostros que emanan cierta nobleza. Estrechamente emparentados con el elefante, estos ‘excudrúpedos’ terrestres de hace más de 50 millones de años, optaron un día por sumergirse en la calidez de las aguas tropica-

les, de donde sólo emergen muy discretamente para tomar aire. Habitan a poca profundidad en las costas de América y África y en el río Amazonas y se alimentan de hierba, mucha hierba, que sostienen mediante su característico labio superior dividido en tres partes; de ahí su nombre de ‘vacas marinas’.



Ulises y las sirenas. / Herbert James Draper (1909)



Un grupo de manatíes congregados para darse calor. / Steve Hillebrand, U.S. Fish and Wildlife Service



Su cabeza, cuello y tronco se fusionan en una única forma cilíndrica y grisácea, haciéndoles parecer en movimiento torpedos gigantes que, sin embargo, se desplazan lentamente impulsados por una aleta plana en forma de espátula. Lo único que destaca de su cuerpo fusiforme son sus dos aletas pectorales, que antes de ser aletas fueron patas y antes de ser patas fueron aletas (su antepasado remoto era un pez y el más cercano un mamífero terrestre; ellos han vuelto a invadir el agua transformando su extremidad de nuevo). Como si, en un impulso por cerrar el círculo, se hubieran arrepentido de abandonar la suavidad de las aguas por la aspereza de la tierra y hu-

bieran vuelto al lugar donde nacieron...donde nació todo.

El frío es su talón de Aquiles. Aunque solitarios por naturaleza, en ocasiones se congregan en los meses más fríos dándose calor, y también suelen agolparse en focos de calor artificiales* como las tuberías de descarga de las centrales eléctricas. En aguas que estén por debajo de los 20 °C, se debilitan y mueren.



“Los manatíes son animales dóciles y tranquilos, enternecedoramente feos, con rostros que emanen cierta nobleza”

El *Quadro de la Historia natural, Civil y Geográfica del Reyno del Perú* (1799), una de las piezas de cronología más antigua que guarda el MNCN, describe el Virreinato del Perú en casi doscientas escenas de temática variada. En uno de sus cuatro cuadros sobre animales marinos podemos ver representado al manatí (A) designado como Vaca Marina o Pege Buey.



Dibujo de un manatí de la colección Johannes le Francq van Berkhey / Archivo MNCN: ACN100B/001/00657

Con sus 550 kilos, unos tres metros de longitud y su cara arrugada con bigotes en el hocico (en realidad vibrisas, que transmiten el menor impulso táctil al cerebro), lejos de poseer la inquebrantable belleza de esas ninfas acuáticas de la mitología clásica, conocidas por su actitud seductora a la par que maliciosa que las hacía capaces de enloquecer a cualquier pobre infeliz, a los manatíes se les conoce también como sirenas. ¿Por qué?

La palabra manatí en la lengua indígena caribeña significa 'con mamas'. Y es que en época de cría los pechos de las hembras adquieren formas parecidas a los de una mujer. La hembra y su cría se reconocen tocando su piel, que es muy sensible, mientras se comunican por medio de conmovedores gemidos. Quizá los exhaustos mari-

*Recientemente se han rescatado 19 manatíes que quedaron atascados en un desagüe cuando buscaban aguas más cálidas en Satellite Beach, Florida





Un manatí con su cria. / Gaylen Rathbun, U.S. Fish and Wildlife Service

neros, tras meses de estancia en la soledad alucinógena del océano, creían ver en estas extrañas y humanas criaturas un espejismo en forma de las tan ansiadas mujeres. No se les puede culpar. Lo mismo le ocurrió a Marco Polo cuando confundió al rinoceronte de Sumatra con un unicornio. Es lo que tiene ir en busca de tierras inexploradas, que el ansiado encuentro con lo desconocido hace brotar las fantasías más asombrosas.

Los cantos de las sirenas, como podemos leer en *La Odisea de Homero*, del año 800 a.C., atraían y perdían a los navegantes. Ulises llegó al extremo de ordenar a su tripulación, ya inmune a las seductoras melodías mediante tapones de cera, que lo ataran al mástil de su barco para poder

saborear y al mismo tiempo resistir, las tentaciones de esas doncellas marinas que le ofrecían el conocimiento de todas las cosas del mundo.

Posiblemente el manatí, con su sabia mirada y millones de años a sus espaldas tenga también ese conocimiento. Sin embargo, el manatí no canta. Chilla, silba y gime, emitiendo múltiples sonidos para comunicarse, pero no canta. Y si lo hiciera,

más bien sería un lamento, porque el animal quizá más pacífico del planeta ha estado al borde de la extinción. Su vulnerabilidad ya quedaba claramente reflejada en la obra de Julio Verne *20.000 leguas*

“Los exhaustos marineros, tras meses de estancia en la soledad alucinógena del océano, creían ver en estas extrañas y humanas criaturas un espejismo en forma de las ansiadas mujeres”

Reproducción del manatí del MNCN, en cada vitrina hay un código QR a través del cual se puede obtener más información de las especies representadas. / Servicio de fotografía del MNCN

“El frío es su talón de Aquiles. Habitan a poca profundidad en las costas de América y África y en el río Amazonas y se alimentan de hierba, de ahí su nombre de ‘vacas marinas’”

de viaje submarino, cuando nos cuenta que [...] los tripulantes del Nautilus se apoderaron de una media docena de manatíes con objeto de reabastecer las despensas de carne excelente, superior a la de vaca o ternera. La cacería no fue interesante. Los manatíes se dejaban herir sin defenderse [...]”. Intensamente perseguidos durante siglos por su carne y por su piel, y ahora también amenazados por la contaminación y pérdida de su hábitat, su supervivencia corre peligro.

Pobre manatí. Más feo que el delfín, más pequeño que la ballena, con mejor corazón que las sirenas, no ha sabido captar el interés de los autores de cuentos y películas infantiles. Los niños apenas lo conocen, y los padres tampoco. Esperemos que su fama no sea póstuma ■

